

EL MUNDO

Lunes, 22 de diciembre de 2003. Año XV. Número: 5.129.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El deseo hipócrita de ver a Sadam en la horca

MAX HASTINGS

Siempre nos ha parecido falsa la percepción de que Irak sea el epicentro de la crisis iraquí. Los acontecimientos que allí ocurren representan sólo una manifestación de una cuestión mucho más profunda: cómo debería afrontar el resto del mundo su relación con Estados Unidos. Y éste será nuestro gran dilema en cuanto a la política exterior durante al menos la primera mitad del siglo XXI.

La riqueza y el poder estadounidenses son realidades inexorables. Resulta autoindulgente prodigar esa energía emocional e intelectual condenando los puntos flacos de la única superpotencia del mundo. Desde Tony Blair hacia abajo, los británicos debemos centrarnos en aceptar a EEUU, antes que agitar pancartas metafóricas para pedir que esta gran nación sea algo distinto de lo que es.

Aun así, no resulta fácil evitar el odio hacia George W. Bush. Su ignorancia y su presunción, además de su declarada relación con Dios, invitan a la repulsión. Hace unas semanas escuché a un diplomático británico observar con sabiduría: «No debemos demonizar a Rumsfeld y Wolfowitz». ¿Por qué no? El secretario de Defensa estadounidense y su asistente han puesto en práctica una política en Irak de una forma que hace que el comportamiento soviético en Afganistán en los años 70 resulte atinado. Los británicos no son más que desventurados pasajeros en la camioneta del Pentágono.

La odisea personal del presidente alcanzó esta semana un nuevo mínimo cuando afirmó públicamente que Sadam Husein moriría. Después de un juicio justo, dijo, el antiguo dictador iraquí debería ser ahorcado o asesinado de un balazo, aunque Washington piense que deberían delegar su expediente en manos de los iraquíes para realizar esta tarea.

Me temo que el Gobierno británico no pondrá ninguna objeción en este asunto. La línea de Downing Street sugiere un guión escrito originalmente por Poncio Pilatos. Tony Blair declara que lo que una Administración iraquí elija hacer con Sadam no es en absoluto asunto de Gran Bretaña. Si las futuras potencias en

Irak deciden que deberían darle una ducha fría en el patíbulo, ¿qué puede hacer el primer ministro británico, sino encogerse de hombros?

Esta opinión parece menos merecedora de respeto que la del presidente de EEUU. Bush es un conocido entusiasta de la pena capital, y cree firmemente que no hay nada mejor que colgar al individuo para que purgue su alma. Se supone que Blair se mostrará contrario. Con toda seguridad, ésta es una posición indivisible. Si uno cree que el asesinato judicial no es correcto, ¿cómo es posible hacer excepciones? ¿Qué precio debe pagar el cuello del asesino de Soham si esos crímenes especialmente horribles justifican temporalmente la suspensión de objeciones de principios en cuanto a la ejecución?

Hoy por hoy, alguien de Downing Street murmurará: «Venga, seamos realistas, la Casa Blanca está decidida a que Sadam sea colgado de todas formas, así que, ¿qué sentido tiene que Tony Blair intente romper filas en un asunto que no va a poder detener?». Este argumento ya ha hecho que Gran Bretaña y su Gobierno se encuentren con numerosos problemas. Cada día parece más inestable.

Aun así, Blair también justificaría su comportamiento afirmando, como siempre, que a una proporción bastante satisfactoria de los votantes laboristas no le preocupa en absoluto el destino de Sadam. ¿Por qué no colgarle? Podría resultar algo burdo que un presidente estadounidense prejuzgue públicamente los resultados de las demandas judiciales, pero nadie afrontará la ira del gabinete legal de Sue, Grabbit & Runne por declarar que Sadam es uno de los dictadores más desagradables de la pasada generación, un asesino de masas cuyos crímenes se sitúan en la misma categoría histórica que los de Mao o Stalin, si bien es cierto que cuenta con unos cuantos simpatizantes occidentales.

Podemos tal vez discutir que Sadam Husein no merece vivir. Es una lástima que no mostrase resistencia alguna cuando los soldados estadounidenses le encontraron, lo que justificaría que hubieran lanzado una granada al zulo donde se ocultaba. Pero no se opuso, y lo capturaron con vida. El próximo año, algún tribunal le encontrará culpable de crímenes atroces. De ahí en adelante, resultará bastante inoportuno, además de caro, mantenerle detenido en cautividad.

Los que rechazáis la matanza judicial no podéis apoyar otra sentencia más que la de cadena perpetua. La propuesta declarada de la coalición iraquí es cambiar la cultura política de siglos, sobre todo la convicción de las regiones de que los problemas pueden solucionarse administrando una muerte violenta. La conducta táctica americana de las operaciones antiguerrilla ya compromete este objetivo, dado que muestra lo poco que el Ejército estadounidense estima las vidas de iraquíes inocentes.

Cada soldado británico encontrado culpable de una muerte injustificable puede, por sus propias responsabilidades de obligación militar, enfrentarse al menos a

cargos disciplinarios, y con frecuencia incluso a una persecución criminal. Los soldados americanos, por el contrario, tienen asegurada una exención bastante amplia por cometer errores estúpidos cuando consiguen sus licencias para matar.

Un amigo metido en temas de contrarresistencia se encontró con otros amigos de la secreta en Washington, cuya organización era responsable del ataque depredador en que un misil teledirigido asesinó a un grupo de afganos inocentes, pensando erróneamente que se trataba de Osama bin Laden. «¿Quién se enfrenta a los cargos de asesinato?», preguntó mi amigo a los agentes. Se quedaron en blanco. Nadie, por supuesto.

Los neoconservadores de Washington se merecen cierto crédito por haber hecho algo grande y en condiciones. Durante demasiado tiempo, los europeos han consentido la visión de que la democracia es un lujo más allá de los medios de la mayor parte de países del Segundo y Tercer Mundo. Paul Wolfowitz y sus amigos están probablemente en lo cierto: únicamente la democracia puede ofrecer esperanzas de sociedades reconstruidas que se comportan entre sí con decencia y moderación, sea cual sea la evidencia contraria por el comportamiento de Ariel Sharon.

No obstante, los neoconservadores comprometieron fatalmente su propósito al poner su fe al servicio de una democracia impuesta. Incluso aquéllos que se mostraron más escépticos en cuanto a la intervención de EEUU en Irak deberían reconocer que el país se encuentra mejor sin Sadam. Pero la política estadounidense desde que terminó la guerra ha hecho hincapié en el arsenal de fuego y de efectivos, más que en el de mentes y corazones.

En la época de Vietnam, creía que los americanos no conseguirían nada hasta que a sus soldados les gustara y respetaran el lugar y la gente, en vez de odiarlos y despreciarlos. Es justo lo que pienso que está ocurriendo en Irak.

Ahora quieren ejecutar a Sadam. Mi mujer, cuyos instintos liberales suelen ser mucho más fiables que los míos, está desconcertada por mis escrúpulos. Ella piensa que este caso es irrefutable para la eliminación permanente y barata del dictador. Pero yo no me trago ni los argumentos de principios ni los pragmáticos referentes a otro acto de violencia dictada por el Gobierno.

Los aliados ejecutaron correctamente a los líderes nazis y los criminales de guerra japoneses en 1945 y 1946. Aquello ocurrió en otra época, después de que los vencedores hubieran batallado en las más grandes guerras de supervivencia nacional que el mundo ha visto nunca. La intervención de Bush en Irak, por el contrario, representaba una guerra de elección, con la finalidad limitada de cambiar el Gobierno de la nación.

Si la tarea actual es la de convertir la política de EEUU en una que ejecute a antiguos dictadores que han cometido crímenes terribles contra su propio

pueblo, en tal caso, muchos clientes americanos pasados y algunos de los actuales tendrán que alinearse en fila india y ordenada para subir al patíbulo.

En realidad, el entusiasmo de Bush por ver a Sadam colgado de una soga refleja no una objeción enarcada en exceso hacia dictadores asesinos, sino un deseo ad hominem de completar la liberación de Irak con un gesto que encaja en su propia y brutal visión del mundo. Lo mínimo que Blair puede decir, en defensa de Gran Bretaña, es que no podemos seguir endosando el patrocinio de una ejecución en la horca realizada por títeres iraquíes de la coalición, sin enviar al ministro de Defensa, Geoff Hoon, para que haga el trabajo personalmente.

Max Hastings fue director del periódico británico Daily Telegraph.

© Mundinteractivos, S.A.